

# México en Fuentes, Fuentes y México

Juan Ramón de la Fuente

México ha sido la gran pasión de Carlos Fuentes. Precisamente por eso ha sido también su gran obsesión. Su historia analizada; su territorio recorrido; su dinámica social rigurosamente descrita; su voluntad interpretada; su alma explorada; sus contradicciones, sus aciertos, su ambivalencia, sus habitantes, sus dioses; su vitalidad encarnada en él mismo a sus ochenta años. Fuentes es México desde *Los días enmascarados* hasta *La voluntad y la fortuna*. Pero Fuentes es también universal, y a través de él, de sus cuentos, novelas y ensayos, sus lectores hemos sido, somos también, más universales.

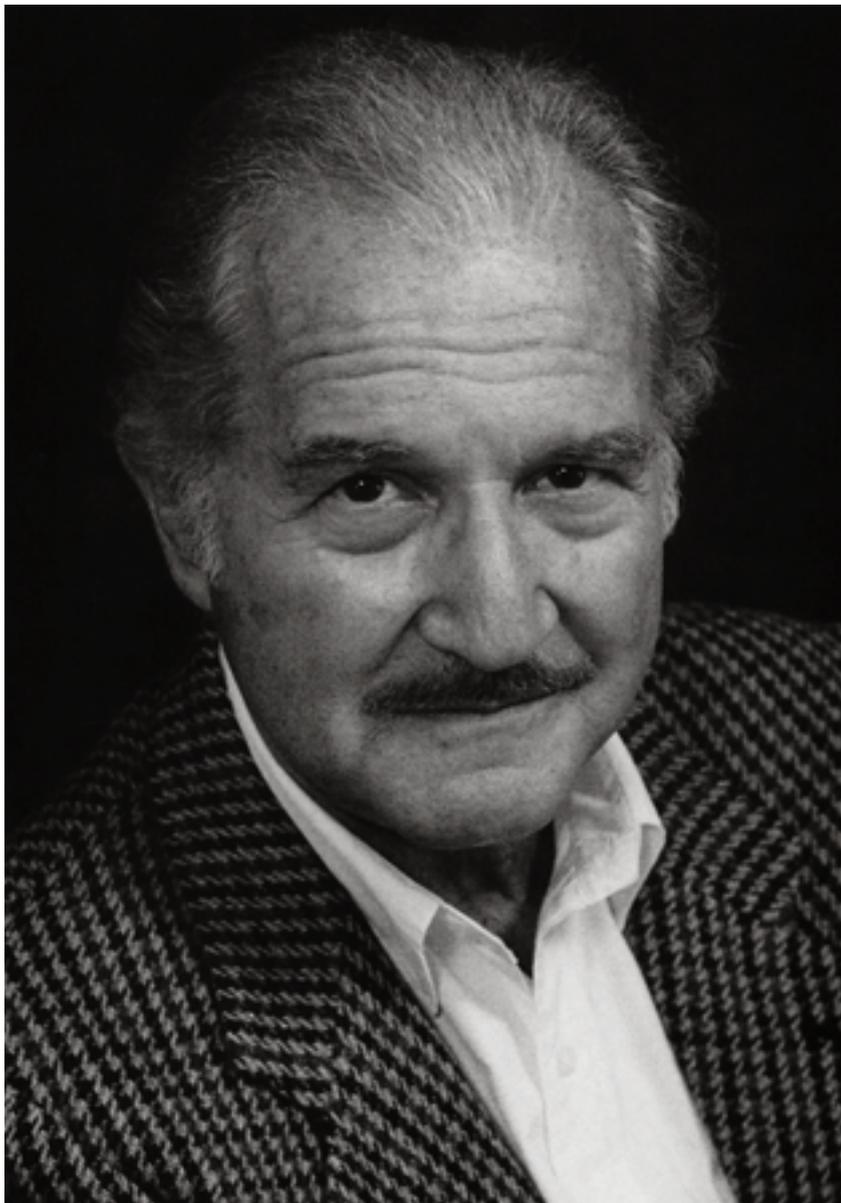
Lo que más me impresiona de Carlos Fuentes es su libertad, el rigor con el que la ejerce, la autenticidad con la que la vive. En efecto, creo que ha ejercido su oficio con total libertad y nos ha sorprendido una y otra vez, con esa forma tan singular con la que intenta explicarse y explicarnos, a través del lenguaje, mucho de lo que somos, de lo que quisiéramos ser y de lo que no queremos ser. No en vano, Octavio Paz lo consideró “un combatiente en las fronteras del lenguaje y un explorador de sus límites”. Es decir, “su exaltación corporal de la palabra” va más allá de los límites habituales de la creación y la crítica.

¿Cómo es el mundo del que nos habla Carlos Fuentes? ¿De dónde provienen sus visiones acerca del hombre y de la realidad que le ha tocado vivir? ¿Acaso se pue-

den indagar sus orígenes? Fuentes es ante todo un humanista. Vocación que se enriquece en sus experiencias formativas, se amplía en su entorno familiar y se consolida en sus vivencias universitarias, cuyos relatos, salpicados de anécdotas y evocaciones cargadas de afecto y gratitud a sus maestros y condiscípulos, he tenido la suerte de escuchar. Regresaré a ello más adelante.

Si el proceso formativo es resultado del cúmulo de experiencias iniciadas habitualmente desde temprana edad, hay que remitirnos a don Rafael Fuentes Boettiger, diplomático de carrera, que se hizo acompañar por su hijo durante sus misiones en Estados Unidos, Chile y Argentina, lo que permitió a su vez que el joven Carlos Fuentes recibiera una educación diversa y estimulante en instituciones de Washington, Santiago y Buenos Aires. Más adelante, el mundo diplomático propició que entrara en contacto con otro mexicano excepcional y universal: don Alfonso Reyes, quien le contagió su insaciable curiosidad intelectual e inculcó para siempre en él la convicción universal de la cultura hispanoamericana. No se puede entender a Fuentes sin Reyes.

Fuentes recuerda, por ejemplo, que siendo aún muy joven Reyes lo invitaba a su casa en Cuernavaca: “don Alfonso me reclamaba mis ausencias, mis lagunas literarias: ¿Cómo es posible que no hayas leído a Laurence Sterne?”, le recriminaba. “No has entendido bien a



Carlos Fuentes visto por Christopher Felver, San Francisco, 1998

Stendhal”, le reprochaba. “El mundo no empezó hace diez minutos”, le advertía aquel sabio.

Y Carlos Fuentes evocaría años después:

Todo esto me irritaba; yo leía a contrapelo de sus enseñanzas, lo moderno, lo más estridente, sin entender que estaba aprendiendo su lección: no hay creación sin tradición, lo nuevo es una inflexión de la forma precedente, la novedad es siempre un trabajo sobre la tradición. Borges ha dicho de Alfonso Reyes que escribió la mejor prosa castellana de nuestro tiempo. A mí me enseñó que la cultura tenía una sonrisa y que la tradición intelectual del mundo entero era nuestra por derecho propio, y que la literatura mexicana era importante por ser literatura y no por ser mexicana.

Gracias a esas influencias —el mundo familiar de la diplomacia y la cultura universal de Alfonso Reyes—, Fuentes enfocó simultáneamente sus preocupaciones sociales, intelectuales, estéticas y culturales a la

realidad mexicana, pero también a la del mundo entero. Esto le permitió una vasta comprensión no sólo de la cultura, la literatura y el arte, sino también de la política, de los conflictos internacionales, de las religiones, de las ideologías, de las tecnologías, y claro, cuando llegó la globalización Fuentes ya se había asomado a ella.

Al igual que ha ocurrido con cientos de miles de mexicanos, la Universidad Nacional Autónoma de México fue también factor determinante en la formación de Carlos Fuentes. Como miembro de la “Generación de Medio Siglo” en la Facultad de Derecho, fundó junto con Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero, Miguel Alemán Velasco, Pofirio Muñoz Ledo, Javier Wimmer y Mario Moya Palencia, entre otros, una revista con ese nombre. Para entonces su vocación literaria ya era contundente. Con Emmanuel Carballo creó y dirigió la *Revista Mexicana de Literatura*; colaboró en el suplemento “México en la Cultura” que dirigía Fernando Benítez, y lo ligó una gran amistad con la agrupación teatral universitaria “Poesía en voz alta”.

Por esos mismos años Fuentes inició sus colaboraciones en la *Revista de la Universidad de México*—en la cual volvió a escribir recientemente—, y publicó su primer libro de cuentos en la colección Los Presentes, que dirigía Juan José Arreola, singular impulsor de iniciativas culturales, dentro y fuera de la Universidad.

Con esa gran actividad intelectual y literaria que ya desplegaba y que no ha cesado, imbuido de la efervescencia cultural y el ambiente universitario que inundaban las calles y los edificios del Centro Histórico, bajo la influencia de algunos de sus maestros que él más recuerda, como Pedroso y Campillo Sáinz, se consolidaron su espíritu humanista y su vocación universal.

“A las seis de la tarde Ixca Cienfuegos se desabotonaba la camisa negra en el atrio de la Catedral. El Zócalo, a esa hora, se iba despoblando. Salían los últimos camiones cargados, pero también llegaban los estudiantes que, rumbo a los cursos nocturnos de San Ildefonso, apresuraban el paso entusiasta, clavaban las manos en los bolsillos y apretaban el cuaderno entre el brazo y el costado”, relata en este pasaje de *La región más transparente*.

Fuentes ha estado siempre cerca de la Universidad, de la nuestra y de muchas otras, las más prestigiadas del mundo, donde ha impartido cátedra, siempre con auditorios atestados de jóvenes a quienes sacude con la fuerza de sus convicciones y seduce con la armonía de su lenguaje.

La generación de Fuentes también estuvo influida por la labor educativa impulsada por José Vasconcelos. El autor de *Ulises criollo* lo invitó a visitarlo en la Biblioteca México, de la que era entonces director. Fuentes

quería aprender la lección vasconcelista, conocer de viva voz cómo había sido aquella campaña alfabetizadora en un país que, en 1920 tenía 90 por ciento de analfabetas. Vasconcelos, primero como Rector pero sobre todo como Secretario de Educación del gobierno de Álvaro Obregón, estaba decidido a cambiar todo eso. Pero ¿qué dice Fuentes al respecto?:

La publicación de los clásicos en la Universidad era un acto de esperanza, era una manera de decirle a la mayoría de los mexicanos: un día, ustedes serán parte del centro, no del margen; un día, ustedes tendrán recursos para comprar un libro. El libro es educación de los sentidos a través del lenguaje, el libro es la amistad tangible, olfativa, táctil, visual que nos abre las puertas de la casa, al amor que nos hermana con el mundo porque compartimos el verbo del mundo. El libro es la infinitud de un país, la inalienable idea que nos hacemos dentro de nosotros mismos, de nuestros tiempos, de nuestro pasado deseado y de nuestro porvenir recordado; vividos todos los tiempos como deseo y memoria verbales, aquí y hoy.

Creo también que otra influencia importante en la obra de Carlos Fuentes, la encontramos en aquellos ideales del Ateneo. El Ateneo de la Juventud fue una fuerza renovadora importantísima, que contribuyó decisivamente a sentar las bases de la cultura mexicana del siglo xx. Vasconcelos y Reyes, junto con Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, entre muchos otros, se propusieron una revisión crítica de los valores intelectuales de su tiempo, proponiendo una apertura en la mente de los jóvenes mexicanos hacia el saber universal, como un medio para comprender y estimar en su justa medida la cultura de nuestro país.

Hay que recordar que la clase intelectual del porfiriato se ocupó poco de los asuntos hispanoamericanos. A pesar de su idea de “progreso”, su interés por las nuevas ideas se había paralizado. El positivismo como ideología oficial preconizaba la idea de un saber supuestamente “científico”, pero más que científico era utilitario y deshumanizado. Hubo, por supuesto, honrosas excepciones, con Justo Sierra a la cabeza de todas ellas. De hecho, Sierra y Vasconcelos, cada uno en su estilo, entendieron a la Universidad como el espacio propicio para definir el rumbo que debía emprender el país.

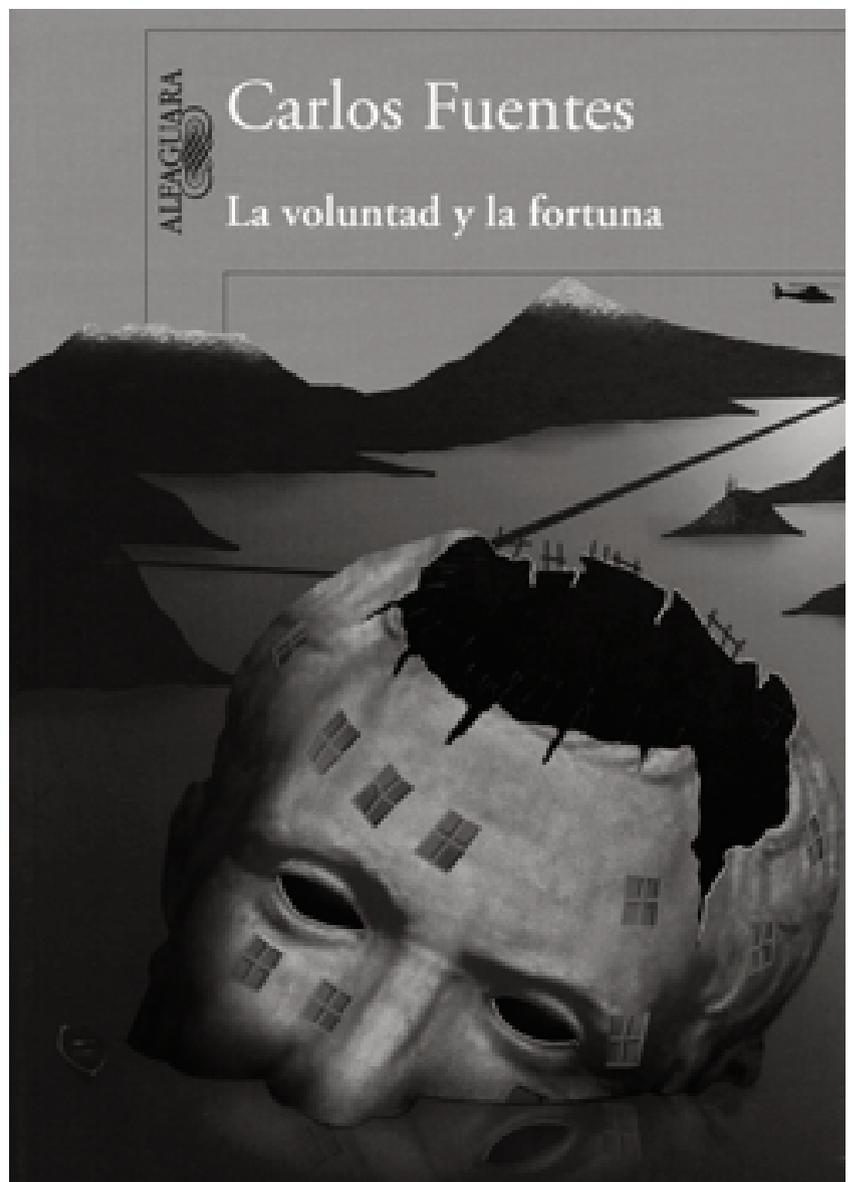
Fue el Ateneo el que propuso la libertad de cátedra y de pensamiento, así como la reafirmación de los valores culturales, éticos y estéticos que emergieron en América Latina como una realidad social y política ineludible. El Ateneo contribuye como pocos a inculcar en la juventud de esa época un nuevo sentido ético por los valores del espíritu. La tarea intelectual en el México que emergió de la Revolución fue buscar el desarrollo a través del proceso educativo, preparando a los profe-

sionistas que requería el país pero cultivando siempre los valores cívicos, que eran los motores para elevar el espíritu de los mexicanos.

Fuentes capta claramente el valor de la educación y lo que ésta significó para ese México postrevolucionario en sus afanes por encontrar el mejor camino para su desarrollo. La educación —sentencia Fuentes— no puede estar ausente del proceso nacional que conjugue pacíficamente las exigencias del cambio y la tradición:

México no puede estar ausente del proceso mundial de la educación, que la ha convertido en base de un nuevo tipo de progreso veloz, global e inmisericorde con los que se quedan atrás; pero no debemos apostar sólo al México adelantado, integrado al comercio y a la tecnología mundiales, si al mismo tiempo se relega al olvido el México de la pobreza, la enfermedad y la ignorancia.

En el debate del siglo XXI, Fuentes ha puesto el dedo en la llaga de la globalización y ha reivindicado una vez más la importancia de la educación en la era de la información;





pero al mismo tiempo nos advierte sobre los peligros que corre la educación cuando se pretende reducirla a otra mercancía, como si fuera un bien especulativo, dirigida solamente al mercado, soslayando el arte, las humanidades y las ciencias sociales.

La sentencia de Fuentes sobre estos temas es contundente:

La educación debe ser el motor mismo del cambio mundial; y no puede haber sociedad de la información sin educación; sin esta última no puede haber cambio, progreso ni bienestar. El capital productivo no crecerá sin el capital social, y éste no aumentará sin el capital educativo, sin un proyecto generador de profesionales, técnicos, científicos, artísticos y humanísticos que sepan promover la riqueza con justicia y el bienestar con libertades.

Cuando Fuentes hace suya la metáfora alfonsina de “la región más transparente del aire”, lo hace irónica y proféticamente. México se enfilaba hacia una moderni-

dad que se manifestaba claramente en la transformación urbana de la Ciudad de México y en las costumbres, aspiraciones, ilusiones y frustraciones de sus habitantes. Los gobiernos emanados de la Revolución habían transformado al país y lo habían lanzado a un espacio inédito, que dejó de ser idea y se convirtió en realidad: El México moderno. *La región más transparente* es el mejor acceso que tenemos a aquella ciudad, distinta pero no ajena a la de hoy.

En una entrevista en 1996 Fuentes la vuelve a recrear:

Para los que vivimos una ciudad mejor que ésta, el dolor de la pérdida de la Ciudad de México es mayor que para las generaciones jóvenes que ya no la conocieron. Sin embargo, nosotros tenemos, por lo menos, la nostalgia, la memoria de haber vivido en una ciudad que para mí siempre será la de mis veinte años; la ciudad que podía recorrer con mis amigos y mis maestros al salir de la Escuela de Derecho de San Ildefonso al Zócalo, a la avenida Madero, a la avenida Juárez, y de ahí por Reforma hasta nuestras casas, todo lo podíamos hacer a pie, y si nos tardábamos un poco más era porque nos íbamos deteniendo en la Librería Americana de Madero, en la Librería Francesa de Reforma y en la Librería Inglesa de Villalongín. Todo esto entre encuentros con amigos, con pausas para tomar café, con conversaciones prácticamente socráticas. Había una ciudad de comunidad, una ciudad recorrible, una ciudad de encuentro. ¡A ver quién puede recorrer a pie la avenida Juárez hoy!

No hay nada que ilustre mejor la pasión y la obsesión de Fuentes por México, que la Ciudad de México, su ciudad, real e imaginaria:

La Ciudad de México es un fenómeno donde caben todas las imaginaciones. Estoy seguro de que la ciudad de Moctezuma vive latente, en conflicto y confusión perpetuos con las ciudades del virrey Mendoza, de la emperatriz Carlota, de Porfirio Díaz, de Uruchurtu y del terremoto del 85. ¿A quién puede pedírsele una sola versión, ortodoxa, de este espectro urbano?

Es cierto, se requieren de múltiples visiones, y las hay, pero ocurre que la de Fuentes tiene toda la fuerza de su imaginación privilegiada. Como Balzac y Dickens imaginaron París y Londres, así Fuentes ha imaginado la Ciudad de México y el país todo: sus tiempos, sus personajes; sus alegrías y sus tragedias; sus riquezas y sus miserias. Por supuesto que el México de Carlos Fuentes no se corresponde palmo a palmo con la realidad objetiva, sino con una realidad imaginaria, que no por eso deja de ser verdadera; al contrario, es más certera, más contundente y más perenne. Por eso sobrevive al paso del tiempo y se afianza en nuestra mente, en nuestra

memoria, en nuestras emociones, como ocurre con las obras de arte. Por eso también las obras de Fuentes les dicen a los jóvenes de hoy ideas distintas de las que les dijeron a los lectores cuando aparecieron originalmente, y a veces, les transmiten cosas que su autor jamás pensó comunicar a través de ellas.

Sin embargo, —comenta Fuentes— al perder la ciudad hemos perdido el sentido de la comunidad, el sentido de la civilización. Nos quedan las armas de la cultura para responder. A partir de la cultura continua y rica de México quizá podamos recrear una comunidad nacional para el siglo XXI. Conviene preguntarnos: ¿qué significa el progreso en un mundo como el actual? ¿Es el mismo progreso que imaginaron nuestros padres o es el fin del progreso al que parecen condenados nuestros hijos? ¿Ha dejado de progresar el progreso?

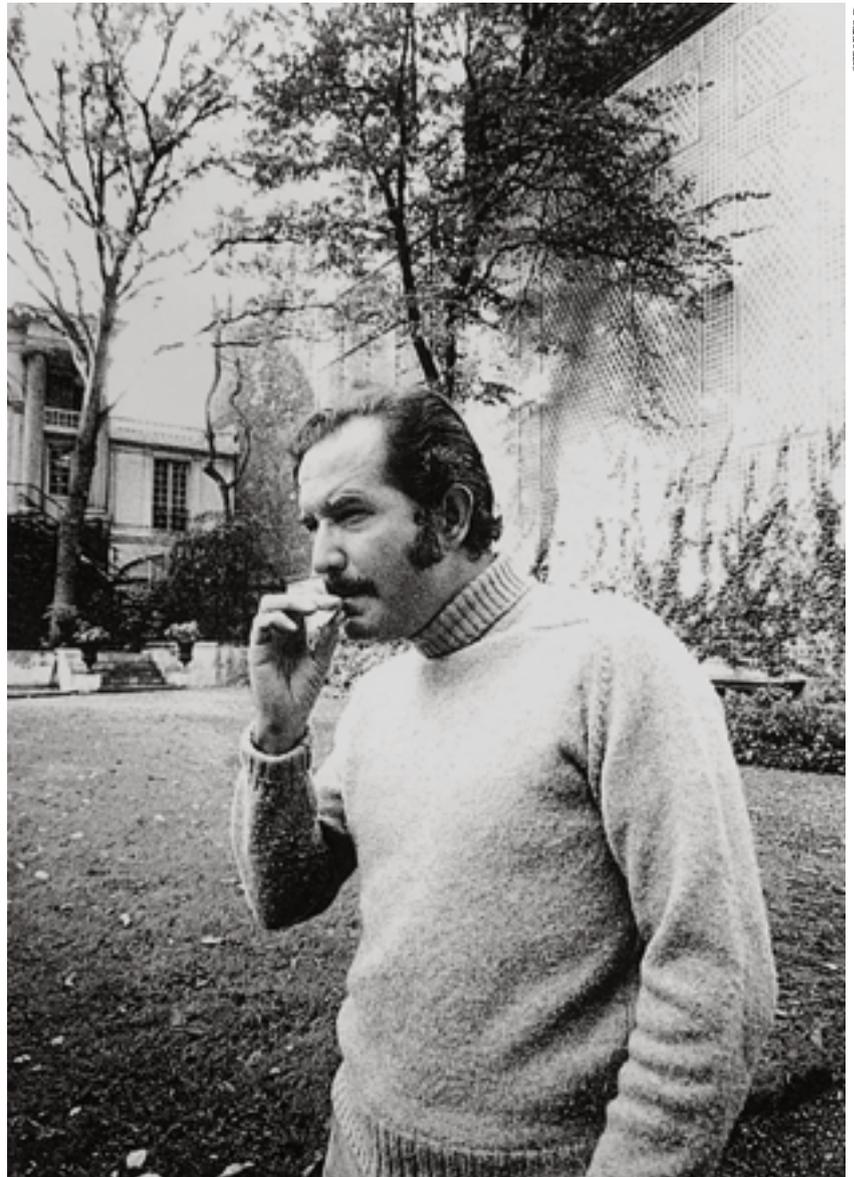
El crítico Raymond Williams sostiene —con razón— que la obra de Carlos Fuentes versa sobre la identidad del mexicano en la modernidad. “La modernidad de México es, por sí misma, un personaje literario dentro del contexto de una capitalización rápida y la promoción del ‘progreso’ industrial y tecnológico. Este progreso está representado en forma literaria a través de los éxitos y fracasos de los personajes, con sus ascensos y descensos respectivos dentro de la sociedad mexicana”.

En medio de contrastes formidables, el México moderno evolucionó y apareció *Terra Nostra*, la más compleja y estimulante de sus novelas. Fuentes no sólo juega con sus personajes y con la historia sino con el tiempo. En su catálogo de obsesiones sobresale también el tiempo pero *Time must have a stop*, siguiendo a Shakespeare: ¿acaso intenta Fuentes abolir el tiempo con la magia del lenguaje? No me parece casual que a mediados de la década de los ochenta, hubiera decidido enmarcar su obra escrita hasta ese momento bajo el título general de *La edad del tiempo* a la manera de la *Comedia humana* de Balzac.

El propio Williams, en su libro *The writings of Carlos Fuentes*, afirma que *La edad del tiempo* “representa una de las más importantes obras literarias ideadas por un escritor latinoamericano desde que se inició la cultura indo-afro-iberoamericana”. El escenario es todo el mundo hispánico, desde los romanos, y que por supuesto no ha terminado, porque Fuentes sigue tratando de explicarse, de explicarnos lo que significa ser hispanoamericano.

Propenso a lo integral, a lo cósmico, no se agota con la vida de sus personajes, porque sus personajes piensan, sienten, sueñan, mienten y son engañados; traicionan y son traicionados, y lo mismo son indios, mestizos, criollos o españoles. Hay un afán totalizador que nunca se agota.

Sentimos que tenemos que darle una voz total a un presente que sin la literatura carecería de ella. Igualmente



© Sara Falcó

tenemos que darle voz a un pasado que está allí, inerte, yerto, esperando a que se le reconozca. La historia de la América española es la historia de un gran silencio... Tenemos que rescatar el pasado, contestar a través de la literatura al silencio y a las mentiras de la historia.

En *Terra Nostra* Fuentes recrea la historia de la cultura hispanoamericana, que nos permite reconocernos o imaginarnos, o ambas cosas, sin que nos limite el tiempo ni el espacio. Al respecto, Milan Kundera nos dice: “Es imposible captar lo que es la *Terra Nostra*, *Terra Nostra* de México, sin asomarse al pozo del pasado. No como historiador para encontrar en él hechos, sino para preguntarse: ¿cuál es para un hombre la esencia concentrada en la terra mexicana? Fuentes captó esa esencia bajo el aspecto de una novela-sueño en la que varias épocas históricas se empalman telescópicamente en una serie de metahistoria poética y onírica; creó así algo difícil de escribir y, en todo caso, jamás visto en la literatura”.

Y es que en la obra de Fuentes los personajes resucitan siempre en esta misma tierra que los vio nacer pero que el escritor convierte en “otro” lugar. La historia y la cultura no son más que el trayecto de los hombres hacia la utopía, desde Ixca Cienfuegos hasta Cristóbal Nonato; desde Artemio Cruz hasta los personajes de *Todas las familias felices*. Pero como a Fuentes siempre le han obsesionado las fronteras de todo tipo, no le bastan este mundo y sus utopías: tiene la urgente necesidad de crear otro mundo, el del fin de las certidumbres y el inicio de la verdadera condena del hombre moderno: la condena de su libertad, de ser libre en el tiempo, en un mundo sin dios y sin diablo.

El propio Fuentes reconoce:

“La frontera más importante del ser humano es la que está dentro de cada uno de nosotros, dentro de nuestro propio ser, y es incluso la frontera más difícil de entender: la frontera entre el cuerpo y el alma. No sabemos dónde empieza una y termina el otro, y por eso vivimos en la ignorancia de lo que somos”. René Char dice en un poema: “Nos acercamos a un tiempo en el que sólo podrá atraernos aquello para lo cual no tenemos respuesta”.

Fuentes sigue escribiendo para encontrar esas respuestas. En *La voluntad y la fortuna*, en la que se perciben a plenitud sus recursos imaginativos, y narrativos, nos vuelve a ofrecer la visión de una realidad escindida por el odio y la violencia. La cabeza cercenada nos cuenta una historia de crímenes, traiciones, ambiciones y violencia que nos ubican en el México de hoy. Y ahí está otra vez la Ciudad de México, pero ahora como una especie de sucursal del infierno, un círculo olvidado de la *Comedia* de Dante, donde hombres y mujeres deambulan como muertos vivientes, como fantasmas, carcomidos por sus propios temores y culpas.

El centro de la Ciudad de México es como el país mismo: una superficie sólo sirve para esconder la anterior y ésta a la que sigue. Si el país se estructura en pisos ascendentes de las costas tropicales a las zonas templadas a los valles altos y a un reparto desigual entre desiertos, llanos y montañas, la ciudad enmascara un corte vertical que lleva de las modernidades caprichosas de nuestro tiempo a un

remedo de bulevares y mansardas que heredamos de la emperatriz Carlota, y de un barroco colonial flagrante a una ciudad española construida sobre las ruinas de la metrópoli azteca, Tenochtitlan. La Ciudad de México, como si quisiera proteger un misterio que todos conocen, se disfraza de muchas maneras... como una urbe en perpetua construcción y reconstrucción, la ciudad para siempre inacabada, como si en esa ausencia de conclusión residiese la virtud de la permanencia.

No tengo duda, Fuentes ha intentado de mil maneras descubrirnos y explicarnos qué somos, qué hacemos aquí, desde el reino de la imaginación libre y portentosa en el que se desarrollan sus historias: un mundo que a veces parece éste, el de todos los días, pero que en realidad es otro, el de su creatividad, el de la libertad del intelectual; el del crítico implacable, el que condena y elogia a placer con la fuerza de su convicción, con la agudeza de su inteligencia y con su capacidad para expresar a través del lenguaje, lo más sutil y lo más burdo; lo inaudito y lo predecible; lo que de alguna manera intuíamos y lo que nunca hubiéramos anticipado; transmitiendo además la subjetividad de sus personajes que es en muchos aspectos la misma subjetividad de sus lectores, nuestra subjetividad.

Tal es el México real e imaginario que Fuentes ha construido para nosotros, en el que todos podemos ser sus personajes, porque todos tenemos un poco de esos personajes, hombres comunes, héroes o villanos. Todos sus lectores somos un poco de Carlos Fuentes.

Hace unos días le confesé a Gabriel García Márquez que estaba preocupado, porque gracias a la generosa amistad de Carlos habría de participar en su homenaje; y que mientras más leía y releía confirmaba mi sospecha: ya se había dicho todo sobre Carlos Fuentes, lo imaginable y lo inimaginable; ya se había dicho incluso lo que se iba a decir y hasta lo que no se había dicho. Gabo sonrió y me dijo: pues entonces di un disparate, a Fuentes le encantan. Con esto termino, muchas gracias.

---

Conferencia magistral de clausura del Congreso Internacional *La región más transparente: 50 años después*, organizado por la UNAM, 14 de noviembre de 2008.

Fuentes ha intentado de mil maneras descubrirnos y explicarnos qué somos, qué hacemos aquí, desde el reino de la imaginación libre y portentosa en el que se desarrollan sus historias.